



D. José Cordero Geijo

CAPITULO V

FABRICACION DE COBERTORES

No era para satisfacer a los jóvenes fabricantes la poca utilidad obtenida en su trabajo, disgusto que es aumentado por la grave crisis surgida en la industria pañera antes de mediar el siglo XIX, lo que tanto afectó a este pueblo que, en 1846 Madoz pudo decir: «La mayor parte de los vecinos de este pueblo se mantienen de su in-

dustria tan mezquina en sus resultados que es uno de los pueblos que, proporcionalmente a su vecindario, tiene más pobres de la Maragatería. Muchas familias se ocupan en cardar e hilar lana para la fabricación de paños burdos, que venden a precios muy equitativos».

Esta crisis alcanza su punto álgido en los años 1857 y 58 con una casi anulación de ventas de paños fuertes.

Pero los valenses, como maragatos, no sufren impasibles las contrariedades, reaccionan con fiera decisión, y, en grandes grupos y con pequeños bagajes se dirigen a Palencia, donde en el trabajo de la lana conquistado habían el máximo aprecio por sus excelentes dotes de laboriosidad, esmero y puntualidad.

Este éxodo temporero en algún año deja bien diezmada la población valense.

Todos se van con ansias de mejora, de progreso; aspirando para su pueblo una reacción que le conduzca a más bienestar, a menos sufrir.

En uno de los grupos que dejaron su pueblo el 24 de febrero de 1858 iba DON JOSE CORDERO GEIJO, para quien, por sus excelentes dotes, le estaba reservada la conquista del éxito.

Frisaba los 37 años de edad y de él, cual otro Don Quijote, podemos decir que era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo... del trabajo, puesto que, bien antes de que fuese la hora de que el Rubicundo apareciese en el horizonte, apareció en el camino nuestro héroe, «con tiempo gracial y una blanquísima sábana que cubría hasta los valles», en dirección a Palencia, con indómita ansia de despejar la terrible incógnita del desolador problema que el pueblo presenta.

Para él la solución estaba en sustituir la industria de paños burdos por otra similar y de más seguro porvenir,

la fabricación de cobertores, cuyo secreto se encerraba en aquella ciudad castellana.

Parece que ya en su mente vivía la certeza del triunfo y para disponer de fidedigna copia, se hace acompañar de su hijo Manuel, a quien, aun cuando no contaba más de trece años de edad, consideraba como el mejor depósito de confidencias, de lo que, sin duda, creyó tendría necesidad.

Si lo que mucho cuesta mucho vale bien cara paga aquel niño la ayuda prestada a la redención de su pueblo con el sacrificio del caminar tanta distancia con tiempo tan cruel y, a más, bien cargado con provisiones y ropa para varios meses.

El día 27 de febrero llegan al final del penoso viaje y en el siguiente entran a trabajar en la fábrica de cobertores de D. Damián Cuadrado, situada en Corral de Paredes, barrio de La Puebla.

Grandes dificultades se presentan al Sr. Cordero Geijo para llegar a dominar todas las operaciones de la interesada fabricación, debido a que se practicaban en departamentos independientes y era severa la prohibición de entrada de los obreros en las dependencias donde no trabajaban, causado todo ello por el temor que D. Damián tenía a que alguno de sus oficiales pudiera, conociendo todas las operaciones de la fabricación, llevarle a la competencia o a compartir sus honor y provecho.

¿Cómo desafiar la hidra de esta hermética reserva con que en Palencia se encerraban los secretos de esta fabricación? ¿La cortarían, cual otro Hércules, todas las cabezas de un solo golpe o lo haría una a una con la rapidez necesaria para hacer surgir la solución de la incógnita?

Estas dificultades, insuperables para muchos, se estrellaron contra la gran tenacidad y la infinita paciencia del Sr. Cordero Geijo, quién, sin dar reposo a su espíritu

tu observador, recoge interesantes datos y solicita las notas que alguno de sus compañeros, obreros en otros departamentos de la misma fábrica u otra similar, le pueden facilitar; en cuya colaboración se distinguieron —según D. Esteban Geijo— los también valenses, Alejandro Martínez y Santiago Bajo, quienes le facilitan sus libretas con notas tomadas con previo conocimiento de efectos.

Al rayar la aurora de uno de los últimos días del mes de mayo del 1858 llega D. José Cordero Geijo a Val de San Lorenzo, con la compañía de su hijo, ya de los secretos tan deseados y algunos utensilios para la fabricación que no se podían conseguir en el pueblo, los palmares; para cuyo logro le fué preciso usar de amistades y estrategias.

Sin descansar de las fatigas del asiduo trabajo de tres meses y el muy pesado viaje de regreso, empezó el Sr. Cordero Geijo a poner en obra sus proyectos; para lo que —según Eusebio Díez García—(1) «se asoció a sus convecinos D. José Bajo Fijo y D. Francisco Martínez Alonso, a quienes dió una idea detallada de lo que había visto en Palencia relativo al asunto que ventilaban; y, con estas pequeñas nociones, dieron principio a la construcción de los artefactos necesarios. Terminados los preparativos empezaron la fabricación...»

La duda en que nos deja don Eusebio Díez al silenciar qué aportación hicieron los señores Bajo y Martínez para dar principio a la fabricación de cobertores en Val de San Lorenzo viene a ser desvanecida con la narración que nos transmite D. Andrés Bajo Geijo, biznieto de D. José Bajo Fijo, que dice haber oído de sus antecesores y avalada por el anciano D. Antonio Bajo Puente, que vivió

(1) Apuntes biográficos de Don José Cordero Geijo, publicación de 1900.

con conviventes del Sr. Bajo Fijo, interesados en la veracidad de este relato. Es ella la de que de D. José Bajo Fijo partió la idea de fabricar mantas en Val de San Lorenzo, lo que comunica a su convecino D. Francisco Martínez Alonso, también fabricante, hombre de espíritu intuitivo y emprendedor, a quien le agradaban sus promisoros proyectos. Se lo comunicaron a D. José Cordero Geijo, a quien también le agradó la idea y que se trasladaría a Palencia... Este se puso en camino hacia la industriosa capital el día de la fecha acordada, regresando tres meses después... Y desde este momento queda formada (verbalmente) la Sociedad de los tres, en la que el Sr. Bajo Fijo, por razones de ser carpintero, construyó todos los artefactos necesarios para la Fábrica que iba a nacer.

De estas dos manifestaciones se deduce: que D. José Cordero Geijo trajo a Val de San Lorenzo el deseado secreto de la fabricación de cobertores; que D. José Bajo Fijo hizo el primer telar que, para ella, funcionara en el pueblo, prelude de las fábricas que medio siglo después en él se irían implantando; y que D. Francisco Martínez Alonso aportó su actividad, su consejo y, tal vez, su colaboración económica.

Con esto se abre para Val de San Lorenzo nueva era, la que podemos ya juzgar con un dictamen digno de las mejores frases de elogio que nuestro léxico posee; y quisiéramos llevar a todo valense un excitante a la meditación sobre la gran obra que el extraordinario José Cordero Geijo aportó a la vida de los habitantes de este pueblo.

Al ser otra la fabricación otra hubo de ser la clase de lanas preferida. La de las negras del noroeste de la provincia de Zamora es reemplazada por la entrefina blanca de la parte de la región de Campos, comprendida por la zona del sureste de la provincia de León y las contiguas de las de Palencia, Valladolid y Zamora, con

especialidad la de la leonesa de Los Oteros, integrada por los municipios de Corbillos, Cubillas, Gusendos, Matadeón y Pajares, nombres a los que acompaña el determinativo de su zona.

También la paramesa, continuación occidental de la anterior y todo el resto de la bañezana contribuyen con sus lanas a esta fabricación; siendo el principal centro de abastecimiento de las de estas regiones el mercado semanal de los sábados en La Bañeza, al que concurren numerosos valenses.

El transporte de las lanas seguía siendo en lomo de caballerías de los arrieros y en carromatos, ya de maragatos, ya de trajinantes de las zonas de producción, y del citado mercado hasta con carros de bueyes; medios todos que eran de marcha perezosa y hasta nocturna, por caminos nada cuidados. ¡Qué de penalidades, fríos y mojaduras exigían aquellas mantas! Hoy el tren y el automóvil han anulado casi en su totalidad aquellos sinsabores.

De estas lanas, las no encargadas, eran vendidas casa por casa a los fabricantes; y, cuando los transportistas forasteros no encontraban de momento compradores, las entregaban en el Mesón, con autorización consuetudinaria y tácita al mesonero para facilitarlas a los fabricantes que las solicitasen y ¡hasta la próxima visita! en fecha indeterminada, que en el Mesón recibirán el importe de las sacadas o irán ellos a cobrarlas de los fabricantes que las llevaron.

De admirar era la honradez de estos fabricantes y ambulantes ya que no se habla de que en ningún momento hubiera divergencia alguna, ni mala fe, ni equivocación por ninguna de las dos partes.

En la preparación de lanas, las operaciones de lavado, escogido, variado y pelado se hacían a mano; el cardado, con las antiguas cardas y el hilado con ruecas y



Varlando, escogiendo y cardando lana

tornos a mano movidos y todo cual para la fabricación de paños burdos.

Con excelente perfección se ha usado el tejido, con preferencia en los colores rojo, amarillo, azul y verde, con cuyas combinaciones se hacen caprichosos dibujos al tejer los cobertores o luego bordándolos.

En esta nueva fabricación el urdido, o forma de disponer los hilos de la urdimbre, es distinta de cual se venía haciendo para los paños burdos, operación que se denomina *urdir*.

Es ésta disponer los hilos para la urdimbre.

Se hace sobre una devanadera de grandes dimensiones, «el urdidero» la *urdidera*, en torno de la cual y en forma de tornillo se enrollan unidos seis hilos.

El punto de arranque de éstos está arriba, en sitio variable; y el fijarlo, como el determinar el número de vueltas que los hilos han de dar en torno a la devanadera

están condicionados a la longitud que se han de dar a las veinte, veinticuatro o veintiseis mantas que ininterrumpidamente se confeccionan.

Los hilos, al llegar a abajo, pasan por entre tres pitones para volver sobre ellos y llegar arriba. Los pases se repiten tantas veces cuantas sean necesarias, en relación con el número de hilos de urdimbre que han de llevar las mantas, los que se cuentan por «*niuelos*». Un paso de descenso y otro de subida —doce hilos— constituyen un niuelo; de los que el número que lleva un cobertor oscila entre cuarenta y sesenta, los que se cuentan en las vueltas finales. Próximo al extremo alto, tanto al salir, como al llegar, se forma la *cruz*. Es esta una separación que se hace de los hilos alternando para arriba y abajo, separación que se hace con curioso donaire por los dedos de las valenses y que llevan respectivamente por encima y debajo de una clavija fija en uno de los listones superiores de la devanadera.

La separación en los hilos que llegan y la en los que van a bajar se hace al mismo tiempo, empleando los dedos de las dos manos. Se pasan al pitón directamente los que suben, luego se tuerce la dirección sobre otro pitón próximo y se vuelven al primero los que descienden, previo un giro de mano, a fin de que el primer hilo de éstos lleve la misma dirección que el último de los anteriores, y ambos contraria a la de los último y primero de los pasados preanteriormente.

En el tejido y abatanado no existe más diferencia, con relación a los de los paños burdos, que la de más marca y más tiempo.

Operación nueva y principal secreto de la fabricación era la de sacar pelo a los cobertores, denominada *perchar*. Para ello se coloca la pieza tendida y pendiente de sobre un palo y se la va pasando hacia un lado.



Abatanando cobertores

Se inicia la operación con cardas y se termina con palmares.

Están éstos formados por dos listones de madera de 27 cm., uno de ellos arqueado. Se cruzan, uno en su punto medio y el otro quedando dividido en dos tercios superiores y uno inferior; éste sirve de mango. El arqueado lleva una ranura en toda su longitud y en dirección del otro listón recto.

En esta ranura se reciben los rabos de diez y seis cardos, que, por la longitud de aquellos, forman éstos dos filas partidas en mitad por la parte más larga del listón recto.

Una cuerda, que arranca de un extremo del arqueado, pasa sobre los cardos de uno de los lados, oprimiéndolos fuertemente, se anuda en el otro listón, sigue a oprimir los cardos de otro lado para anudarse en el final del en arco.

La operación de sacar pelo se efectúa teniendo el obrero u obrera una carda primero y un palmar después en cada mano, los que pasa por sendas caras de la manta y frente uno a otro repetidamente de arriba a bajo, con exacta uniformidad, pues haciéndolo de manera imperfecta quedan franjas diferenciadas, que llaman *reguerones*.

La fabricación de uno de los primeros cobertores exigió aproximadamente 216 horas de trabajo.

El día que en el año de 1858 se celebraba en el pueblo la fiesta sacramental fueron expuestos al público los seis primeramente fabricados en el lugar en que tantos miles de ellos habían de salir a la luz.

El pueblo en masa y muy gran número de torasteros observaron y celebraron el magno acontecimiento con muestras de tanta alegría como cualquiera puede suponer.

Así se libró este pueblo de la decadencia que se inició en muchos de la región.

¡Pueblo de Val de San Lorenzo, el 1858 y el nombre de José Cordero Geijo debieran estar esculpidos en mármol al lado de vuestros telares! Con harta justicia le habeis dedicado una de vuestras principales calles y con inefable gozo recogemos la promesa del Centro «Val de San Lorenzo» de Buenos Aires que hace en el número 2 de su revista, al decir: «José Cordero: Los hijos de Val de San Lorenzo, radicados en América, no olvidarán, cuando regresen, de colocar en tu sepulcro una corona de flores y así honrarán tu memoria, coronarán tu tumba ya que no pudieron coronar tu frente». Y los del pueblo, directamente interesados, no se quedarán cortos en recuerdos y honores de ciencia, cultura y arte en la próxima fecha del centenario del valiosísimo, nunca bien ensalzado y siempre no bien celebrado acontecimiento que don

José Cordero Geijo y compañeros, D. José Bajo Fijo y D. Francisco Martínez Alonso ofrendaron a este pueblo, al que tanta gloria y tantos bienes le ha proporcionado, haciéndole un pueblo de excepción. ¡Así lo suplicamos desde lo íntimo de nuestro ser a los honrados y laboriosos habitantes de Val de San Lorenzo!

Con la admiración causada por la exposición de los primeros cobertores en este pueblo fabricados, son muchos los pedidos hechos por quienes a ella concurren y por los que oyeron las justas alabanzas de los expuestos.

Por algunos años la fabricación era presionada por la demanda. Se vió el preludio de la iniciación de ansiado porvenir satisfactorio, del porvenir suspirado.

Se aumenta el número de telares y el de obreros. Estos trabajan con máxima ilusión, con convencimiento absoluto del éxito.

Se había triunfado.

El maestro, D. José Cordero Geijo, se encontraba satisfecho. Sólido y amable acudía a remediar o resolver cuantas dificultades se presentaran. En su casa no tuvieron entrada ni la reserva ni el egoísmo de la del señor Cuadrado. Fué todo para el pueblo, para sus conciudadanos, nada para sí.

En incansante trabajar alcanza longevidad. Quien redime a su pueblo de la pobreza, en ésta le deja la vida a las once de la mañana del día veintiséis de septiembre de 1906, a los ochenta y seis años de edad.

Fué necesario que transcurriera algún tiempo para ser reconocido el gran mérito de este hombre, el inmenso valor del bien que hizo a Val de San Lorenzo, cuyo Ayuntamiento, en sesión de 21 de mayo de 1922 y a propuesta del concejal D. Pedro Prieto Alonso, acuerda: «... como recuerdo al vecino que fué de este pueblo, D. José Cor-

dero Geijo por ser el que trajo, desarrolló e inauguró en el mismo la fabricación de mantas, de cuya industria viven hoy sus vecinos, a quien se debe la misma, acuerda, por unanimidad, dar el nombre de José Cordero Geijo a la calle principal del pueblo, que hasta hoy fué calle Real, a fin de perpetuar la memoria del mismo en el pueblo que le vió nacer, como autor y fundador de dicha industria, base hoy del bienestar del pueblo y como recuerdo inmortal, en prueba de agradecimiento y reconocimiento».

Aumenta el número de telares. La gran laboriosidad valense abrevia la llegada del momento en que la producción de cobertores sobrepasa la demanda, circunscrita a la región y a quienes podían proporcionarse la satisfacción de adquirir una de aquellas costosas mantas; desequilibrio que no tarda en causar amenaza de crisis.

Se necesita propaganda. Se impone acuciar la demanda. A ello hacen valiosa aportación los arrieros y forasteros que traían lana y llevaban mantas y los cunqueros, de los que el muy competente Maestro Nacional D. Eusebio Díez García dice: «eran unos modestos y honrados comerciantes, oriundos del occidente de Asturias, que venían a Castilla a vender unas vasijas de madera conocidas bajo la denominación de *cuencas* o *morterós*» y el también Maestro Nacional, D. Matías Rodríguez, en su Historia de Astorga, les compara en su oficio con los maragatos al llamar a aquellos *vaqueiros de alzada*, de los que dice se dedicaban a la arriería y ocupaban las montañas que hay entre Maragatería y Pravia y entre los ríos Navia y Nalón. También hace muy considerable aportación el distinguido valense D. Martín Alonso Geijo estableciendo un buen almacén de mantas, que luego rinde excelentes efectos.

En este almacén tiene inmediata compra cuantos co-

bertores se fabrican en la localidad, principalmente por los industriales de modesta posición económica, sin que en él se viera nada de lo que en estos casos es muy corriente, la usura. ¡Obra de perfecta y sana caridad, digna de gran encomio!

A esta loable obra don Martín acompaña la correspondiente de propaganda y expansión de ventas, las que extiende en una área infinitamente superior a la en que actuaban «los cunqueros», llegando a importantes capitales de la nación: Madrid, La Coruña, Lugo, Badajoz, Sevilla y otras varias, y del extranjero: Buenos Aires, Montevideo, etc.

Muy activa y desinteresadamente actúan en Madrid los ilustres hijos de este pueblo, D. Francisco y D. José de la Puente Alonso, a quienes, «habiendo nacido de tan humilde cuan honorable cuna, sus precoces y claras inteligencias y las virtudes cívicas de que estaban adornados les conquistaron una posición ventajosa, reservándoles la sociedad culta un puesto de preferencia».

Val de San Lorenzo, en manifestación de agradecimiento a la obra de estos dos hermanos en pro de su pueblo natal y de la industria del mismo, honró su memoria el 23 de septiembre de 1900 dedicándoles una de sus plazas.

Los fabricantes extremeños su interés en superarse, lo que prueban concurriendo ya en 1896 a la exposición regional de Lugo, con cobertores fabricados por Domingo y Juan Martínez Alvarez, los que obtienen las valiosas distinciones de medalla de bronce y diploma, que dice: «Exposición Regional de Lugo en 1896 = El Jurado adjudicó a D. Francisco Martínez Criado - Val de San Lorenzo = Medalla de cobre por dos objetos de lana = Lugo, 9 de octubre de 1896 = El Presidente del Comité Ejecutivo = Castor Maceda = Los Secretarios, Augusto Pozzi, Eudelfino Varela».

Cuatro años después se presentan los cobertores de este pueblo en la gran exposición internacional de París; a la que se dirige D. Francisco Martínez con dos de ellos, que son galardonados con medallas de plata y diploma, en el que se lee: «Republique Francaise = Ministre du Commerce de l'Industrie, des Postes et des Telegraphes = Exposition Universeel de 1900 = Le Jury International de Recompenses Decerne un diplome de = Mention Honorable = a Monsieur Francisco Martínez Criado a Val de San Lorenzo = Groupe XIII - Classe 82 - Espagne = la Comissaire Generale = A. Picardo = Le Ministre du Commerce de L'Industrie, des Postes et de Telegraphes - a Mri. Claram = Paris, le 18 agut 1900.

Este diploma y el obtenido en Lugo fueron esmeradamente conservados por nuestro amable colaborador don Esteban Geijo Puente y hoy lo son por su viuda.

Medio siglo ha transcurrido. En este largo período solo algunas tenues realidades de agremiación de los fabricantes valenses se han manifestado, de las que tratamos en el capítulo siguiente, sin que en ellas podamos ver una firme continuación de la obra de don Martín; no obstante está siempre latente en todo fabricante doméstico la necesidad de una agremiación general en el pueblo, con sólida base de permanencia, en la que encuentren alivio las idénticas y difíciles situaciones que periódicamente se presentan en la localidad, mal del que nuestros fabricantes se han venido lamentando constantemente.

Ni remotamente hemos de suponer que las dificultades de colaboración que aquí se dejan sentir, tengan mínima causa en inasociación. Continuas pruebas están dando los valenses de su gran aptitud socialiva, encontrándose la causa de las referidas contrariedades en la muy digna e inmoderada ansia de superación constante; dinamicidad no fácil de ser sometida a rigurosa y peremne reglamentación.